

CAPITULO XIV.

MULTIPLICACION DE LOS CINCO PANES.

Hallábase Jesús en Cafarnaun retirado y solo, sin la compañía de sus Apóstoles, que por orden suya, habian salido á visitar las aldeas que allí cerca se levantaban con sus pequeñas casas blancas, sus riachuelos y sus cedrales; cuando su pobre casa se vió invadida por los discípulos de Juan, entre los que tambien iban sus Apóstoles.

No podia Jesús ignorar cual era el motivo que allí los conducia, pero guardó silencio, esperando que hablasen.

Acercáronse aquellos; y casi á un mismo tiempo exclamaron todos con dolorosa angustia:

—¡Maestro, acaba de morir Juan Bautista, degollado en la prision!

—Ya lo sabia desde ánte que llegarais, dijo Jesús conmovido.

—¡Y nosotros qué harémos? preguntó uno de los discípulos de Juan; hemos perdido á nuestro maestro: hemos quedado como los polluelos á quienes falta el calor de las alas de su madre, como la navecilla en medio de los mares, sin un piloto que la guíe, sin una vela que marque el rum-

bo que lleva, expuesta á zozobrar y á ser pasto de los tiburones y de las ballenas.

—Por ventura; preguntó Jesús, ¿falta á la débil caña quién la sostenga, cuando el aquilon la bate en la desierta llanura? Los hombres, es verdad, desaparecen de la tierra como aristas que sacude y arrebata el vendabal; mas la mano protectora de El que ha sido, es y será, no desaparecerá nunca del lado de vosotros, para guíaros y sosteneros en los combates de la vida. Vosotros no necesitais mas guía ni mas apoyo que el de mi Padre celestial, como no necesita el cervatillo mas sombra para refrigerarse del calor, que la de la robusta encina.

—Os seguiremos á Vos; exclamó uno de los discípulos de Juan, porque vuestra palabra no solo sabe calmar las tempestades de los mares, sino tambien las del espíritu.

Pocos momentos despues, Jesús, con sus Apóstoles y sus nuevos discípulos, se embarcó; y atravesando el mar Genezareo, se retiró á un desierto, cerca de Betsaida.

Quería Jesús que sus Apóstoles tomasen allí algun descanso, léjos de la multitud que siempre le seguia; pero no fué así; porque apénas le vió aquella alejarse en las naves, cuando haciendo por tierra un corto rodeo, fué á situarse en la llanura desierta.

Jesús pasó la mayor parte del dia en la cumbre de un pequeño monte con sus Apóstoles.

A la entrada de la tarde, bajó á la llanura, y

comenzó á predicar, con la dulzura acostumbrada, á la multitud que atenta le escuchaba.

Posesionado en sus sabios discursos, parecia no fijarse en que el horizonte de grana, iba desapareciendo tras la negra cortina de la noche. Las avejillas se habian retirado á sus nidos: el balido de las ovejas habia cesado: los árboles que á lo léjos movian su penacho de verdes hojas, parecian entregados á un dulce reposo; y solo de vez en cuando se dejaba oír el monótono canto de la chicharra. En el intenso azul de la bóveda celeste comenzaban á brillar algunas estrellas, de esas que asoman con el último miraje de la tarde, y que parecen preceder al cortejo de mil y mil estrellas de magnitudes diferentes.

El gentío era inmenso; carecian de alimento; y se encontraba retirado de las aldeas donde poder proporcionarse víveres para pasar la noche.

Los Apóstoles miraban con cierta inquietud, que su divino Maestro no se fijase en que la noche iba levantándose poco á poco sobre su carro de diamantes, ni en que aquella multitud carecia de pan. Pero no se atrevieron á decirle nada, sino hasta que vieron muy cercana la noche. Adelantóse Pedro y colocándose á su lado, le dijo:

—Maestro, seria bueno que despacharais esta gente, para que se provea de pan, porque la noche está sobre nosotros, y no hay cerca ninguna aldea donde comprarle.

—Ninguna necesidad hay de ir á las aldeas ó pueblecillos en busca de alimento; dadles de comer vosotros, pues bien lo podeis hacer, contes-

tó Jesus con una dulzura infinita. Dirigióse luego á Felipe, y le dijo: ¿Donde podremos comprar pan para dar de comer á este gentío? Mira que la llanura está llena y que no pueden pasar la noche sin alimento.

Felipe sorprendido con tal pregunta, y sin pensar en el poder de su Maestro que era inmenso, le respondió, fijando su vista en la llanura cubierta de gente:

—Docientos denarios tenemos; pero éstos no nos proporcionarán el pan suficiente para que coma ese gentío. Sin embargo, compraremos en Betsaida esta cantidad, y la distribuiremos en pedazos pequeños para que alcance.

—¿Cuántos panes y peces quedan en los cestos? le preguntó Jesus.

Felipe se acercó á los cestos, metió la mano en ellos, y le contestó:

—No hay mas que cinco tortas ó panes de cebada y dos peces.

—Pero eso, dijo Andrés, es nada entre tanta gente.

—No os fijeis en la cantidad: arreglad á esa gente en grupos de á cien, y venid para que les sirvais, dijo Jesus.

Obedecieron los Apóstoles; y organizando los grupos en el blando heno y la mullida yerba en que abundaba la llanura, se acercaron al Señor, diciéndole:

—Diez mil personas hay allí, sin contar con nosotros.

—Traed los panes y los peces; dijo Jesus.

Felipe arrimó á los pies del Salvador aquella pequeña provision, y se dispuso á presenciar lo que allí pasaria.

Jesus, lleno entónces de magestad, elevó sus ojos al cielo, y una oracion se escapó de sus benditos lábios. En seguida extendió su mano, bendijo el cesto que estaba á sus pies, y comenzo á dar á los asombrados Apóstoles, panes y peces en abundancia, sin que llegasen á escasear.

Los Apóstoles iban y venian sirviendo á la multitud, que comió aquella tarde hasta satisfacer el apetito.

Cuando los Apóstoles hubieron recojido los fragmentos de aquel banquete prodigioso, y con los que aun llenaron doce cestos, cayeron á los pies de su Maestro bendiciéndole y glorificándole.

La multitud mas asombrada aun que los Apóstoles, y venida allí, no solo de Cafarnaun, sino tambien de Tiro, Sidon, Betsaida y otros puntos, trató de coronarle Rey de la Judea, conduciéndole en triunfo bajo una rica púrpura, y regando aromas y flores á sus pies; pero como era ya de noche, se reservaron á ejecutarlo al dia siguiente.

Jesus que leia en sus pensamientos, trató de frustrarlos alejándose de allí. Pero ántes ordenó á sus Apóstoles que tomaran una nave y, atravesando el mar de Tiberiades, fuesen á Betsaida. Hicieronlo así los Apóstoles, y Jesus se retiró á un monte para orar.

Durante la travesía de los Apóstoles se alteró el mar: un viento contrario se desató, arrastrando la frágil embarcacion hasta lo mas alto y

expuesto del mar. La espumosa oleada azotaba la quilla; las tinieblas eran intensas; el choque de las olas unas con otras, producian un bramido aterrador, que se repercutia en los vecinos montes. El naufragio se hacia cada vez mas seguro é inevitable; pero los Apóstoles no desconfiaban y se asian á los remos y timones con una agilidad, digna del mejor marino.

Al amanecer, calmó la furia del mar; y comenzo á soplar un viento suave que inflaba las velas sin peligro; pero era tanto el retraso que habia sufrido la navecilla, que el embarcadero quedaba como á una legua de distancia.

Jesus, que desde el monte habia presenciado la lucha de sus Apóstoles con el elemento desencadenado del mar, bajó del monte, atravesó la llanura; y con paso firme y seguro penetró en el mar.

¡Admirable portento! el mar de Galilea ó mar de Tiberiades parecia entónces un espejo; sus ondas se habian extendido peinadas por una brisa dulce y apacible; y los reflejos del sol naciente pegando en ellas, remedaban los colores del Iris.

La túnica de Jesus flotaba sobre las olas á merced del vienteillo, sin que el agua la mojara. Su larga y abundante cabellera bañada por el sol, despedia un brillo muy semejante al del cro.

Los Apóstoles viéndole cruzar tranquilo y magestuoso, por aquel mar poco ántes tan encrespado, se dejaron dominar del miedo. Juzgaron que el que así caminaba sobre las olas, á pié y sin temer tan formidable elemento, como era el del

mar, no podía ser sino un fantasma que trataba de acercarse á ellos.

De pié dentro de la barca, le contemplaban asorados, sin acertar á conocerle. Derrepente, Pedro que no dejaba de mirarle, exclamó:

—¡Es nuestro Maestro...! ¡Sí...! El es!

Esta sencilla exclamacion de Pedro, llamó la atención de los demas, que asombrados de aquel prodigio no sabian que decirse.

Entretanto, Jesus se habia acercado á una distancia en que su voz podia ser escuchada desde el barco. Levantó sus hermosos ojos hácia sus amados Apóstoles y les dijo, en voz fuerte:

—Nada temais: Soy Yo, que vengo hácia vosotros.

Pedro con la alegría y confinza, solo propias de un niño, dijo entónces al Señor:

—¡Señor; si sois Vos, mandadme que vaya, sobre las aguas, hasta donde estais!

El Señor, mirando á Pedro con la ternura de un padre que nada sabe negar á su hijo querido, le dijo, por única respuesta á la peticion que acababa de hacerle:

—¡Ven!

Sin esperar mas, bajóse Pedro del barco, y cual si pisara en tierra firme, comenzó á andar por sobre las aguas, con direccion á su divino Maestro. Pero cuando se encontraba á pocos pasos de El, se levantó una violenta borrasca; y sintiendo que se hundia con el vaiven de las olas, extendió las manos hácia Jesus, con ademán suplicante, y exclamó:

—¡Salvadme Señor! ¡salvadme!

Jesus entónces le tomó de la mano y le condujo á la nave, diciéndole:

—Hombre de poca fé; ¿por qué temiste estando Yo contigo? Mi poder es tan grande, que el mar junto á él, no es ni un grano de arena.

Cuando estuvieron dentro de la nave, Pedro y los demas Apóstoles, que habian presenciado tan asombrosa escena, cayeron de rodillas á los pies de Jesus exclamando:

—¡Verdaderamente sois el Hijo de Dios! ¡Dichosos los que en Vos creyeren!

Como si el mar solo esperase esta confesion de los Apóstoles para calmarse, bajó sus irritadas olas, y pareció dormirse sobre sus espumas, con la misma tranquilidad con que descansa el vencedor sobre sus laureles. El ligero esquife, se adelantó entónces con rapidez por aquel delicioso lago, y pronto se encontró anclado á la orilla de una preciosa ribera poblada de árboles, bajo cuya fresca sombra se veia multitud de gente que le esperaba allí con ansiedad.

Hallábanse tambien los que en el desierto, la tarde anterior, al presenciar el milagro de los cinco panes, habian querido proclamarle Rey.

Jesus les reprendió; y siguiendo aquella deliciosa ribera hasta llegar á Cafarnaun, fué instruyéndoles con sabias y sublimes lecciones.

Poco despues de su llegada á Cafarnaun, fué á verle la Santísima Virgen, en compañía de algunos parientes, que quisieron tambien visitarle.

María vivia sola y retirada en su pequeña

casa de Caná, desde que su Hijo se había entregado a aquella vida de trabajosas predicaciones, de austeridad y de pobreza.

Aquella Madre; toda amor, toda ternura, toda sentimiento, toda abnegacion, no tenia ni el consuelo de seguir al que era la luz de sus ojos; la vida de su vida. En los decretos del Altísimo, para la Redencion del mundo, entraba como una condicion precisa, que la divina Madre, tuviera en proporcion idéntica, igual cantidad de sufrimientos. Si le hubiese acompañado, sus amarguras habrian sido ménos intensas; porque la vista del objeto amado las suaviza casi siempre, quitándoles una parte de su fuerza. Pero el aislamiento y soledad de que habia rodeado su alma en aquella dolorosa ausencia, no le permitian un solo instante de dulce alegría, si no era en los cortos momentos en que lograba verle, y que solo le eran proporcionados cuando su Hijo divino se acercaba a Caná. Los sufrimientos, pues, de Jesus y de María si no fueron iguales en cuanto a la causa, si lo fueron en cuanto al sentimiento y al dolor.

Jesus fué el cordero sin mancha, sacrificado á la venganza de todo un pueblo; y María la paloma inocente, atada junto á la piedra del sacrificio, para apurar el martirio, sin el descanso de la muerte.

¡Dios de bondad inmensa! mi alma está necesi-

SÚPLICA

tada del Pan de la vida, del alimento del espíritu, que eres Tú. Dáme en abundancia ese sagrado Pan; para que ni el hambre de la maldad me devore, ni la sed del deseo desordenado me consuma. Amén.

PARABOLA DE LA SEMILLA.

"Tomando un labrador buena simiente
"A sembrarla salió. Junto al camino
"Cayó una poca y la pisó la gente,
"Y las aves vinieron
"Luego y se la comieron.

"Otras quedó sobre la piedra dura,
"Nació y duró crecida corto tiempo;
"Que allí del agua sin la línea pura,
"Falta de lozanía,
"Dar fruto no podía.

"La tercera rodó entre las espinas,
"Y, aunque creció, las sombras de las zarzas,
"Las tierras hojas del capullo finas,
"Duras amarillaron,
"Punzantes las ahogaron.

"La cuarta fué arrojada en tierra buena;
"Nació con avides fresca y lozana;
"Y sin perjuicio, de vigores llena,
"Creció sin mal ninguno,
"Y dió ciento por uno."

que eres tú. Dame en abundancia ese sagrado
Pan; para que en el hambre de la malicia me de-
vore, ni la sed de la vida del Pan de la vida del espíritu.

CANTO XVIII.

PARABOLA DE LA SEMILLA.

- "Tomando un labrador buena simiente
"A sembrarla salió. Junto al camino
"Cayó una poca, y la pisó la gente,
"Y las aves vinieron
"Luego, y se la comieron.
- "Otra quedó sobre la piedra dura,
"Nació y duró crecida corto tiempo;
"Que allí del agua sin la linfa pura,
"Falta de lozanía,
"Dar fruto no podía.
- "La tercera rodó entre las espinas.
"Y, aunque creció, las sombras de las zarzas,
"Las tiernas hojas del capullo finas,
"Duras amarillaron,
"Punzantes las ahogaron.
- "La cuarta fué arrojada en tierra buena;
"Nació con avidez fresca y lozana;
"Y sin perjuicio, de vigores llena,
"Creció sin mal ninguno,
"Y dió ciento por uno."

La palabra de Dios es la simiente;
Y la que cae á orillas del camino,
Es la que llega al hombre indiferente
Que mira descuidado
El bien que no ha deseado.

La que sobre la piedra fué caída,
Es la que va sobre las almas débiles;
Con gusto y atencion es recojida,
Pero raices no echando
La van luego olvidando.

La que arrojada fué entre las espinas,
Es la que va á las almas que la buscan,
Y la sofocan luego, con mezquinas
Riquezas y regalos,
Deleites siempre malos.

La que en la tierra vegetó fecunda,
Es la que recibida con deseo
Al corazon de bienestar inunda,
Y lava la conciencia
Con santa penitencia.